

En diálogo con Pedro Lastra

ARTURO GUTIERREZ P.*

En los últimos días de enero vio la luz en Caracas, bajo el sello de Monte Avila Editores Latinoamericana, el más reciente poemario del poeta y crítico chileno Pedro Lastra. La ocasión fue propicia, además, para escuchar la conferencia que dictara en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, titulada “Las voces que fueron, no se escucharon y vendrán en la literatura hispanoamericana”, donde el estudioso chileno dio cuenta de una nutrida lista de poetas del continente, cuya obra aún espera por la necesaria lectura que les haga justicia. Para cerrar sus actividades entre nosotros, el viernes 29 de enero tuvo lugar en el CELARG una memorable e íntima lectura de poesía, junto a tres poetas venezolanos: Eugenio Montejo, Juan Sánchez Peláez y Juan Calzadilla. La siguiente entrevista recoge parte de una conversación, donde Pedro Lastra se refiere a diversos tópicos relacionados con su particular concepción del trabajo poético.

A.G.P.: Para iniciar la conversación quisiera que me hablaras de tu más reciente poemario, *Diario de viaje y otros poemas*. ¿Qué es este libro? ¿Es una antología? ¿Es éste un libro que crece y decrece en el tiempo con distintas versiones, distintos nombres? ¿Es tu apuesta, acaso, la misma de otros poetas, como por ejemplo, tu compatriota Gonzalo Rojas –por mencionar uno que me viene a la memoria en este momento– que trabajan en realidad sobre un único libro, aunque éste pueda tener cambios de nombre,

*ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA: Poeta venezolano, director del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, de Caracas.

extensión y ordenamiento del conjunto de poemas que lo conforman, de edición en edición?

P.L.: Por una parte es una antología, pero responde también a tu observación final. Se trata de un libro que recoge poemas que he ido publicando desde hace años, y que en 1979 encontraron su título como *Noticias del extranjero*. Yo había publicado antes tres libros –en realidad, tres libritos– desde 1954, aunque con los dos primeros yo mismo no quiero encontrarme. Tengo mejores relaciones con el tercero, que apareció en Lima en 1969, en la hermosa colección “La Rama Florida” que editaba por ese tiempo Javier Sologuren. Ese libro, *Y éramos inmortales*, fue reeditado en Chile después, con nuevos textos, pero cuando dispuse un volumen con mis versos para la Editorial Premiá, de México, en 1979, recogí un poema de mi segundo librito, que está aquí también: es el poema “Estudio”, el más antiguo de los que he ido rescatando.

A.G.P.: Pienso que ese poema es uno de los textos calificados como “emblemáticos” de tu obra.

P.L.: Es un texto dedicado a Juanita, mi mujer. Después de muchos intentos sentí que en ese poema había cierto trabajo logrado, por así decirlo, según la idea que yo tengo de lo que es un poema. Me pareció que allí había conseguido plasmar algo que no me producía demasiadas dudas, y entonces decidí recoger ese poema en el nuevo libro. Es un poema breve, aunque no de una brevedad tan extremada como otros textos míos, así es que podemos incluirlo ahora en esta conversación. Dice así:

Es extraña tu mano levantada en el aire,
una mano y sus dedos
que rodean a veces el pan sobre la mesa
y alzan un vaso, absorben o se cierran
sin sonido en el agua,
sin sonido en el pan, en el vaso, en el agua,
porque nace una sombra del aire de tu mano.

Es uno de los pocos poemas que han ido pasando a través de distintas versiones de mis libros, hasta *Noticias del extranjero*, que a su vez se armó a

partir de la segunda edición de *Y éramos inmortales*. En esta empresa de selección y poda me ayudó Enrique Lihn, consejero tan amistoso como exigente, que no hacía concesiones en esta materia.

Como *Noticias del extranjero* tuvo un encuentro cordial con algunos lectores y se agotó en dos o tres años, mi amigo Fernando Tola de Habich, director de la Editorial Premiá, decidió hacer una segunda edición, que apareció en 1982 y bastante modificada en relación con la anterior, porque publicar un libro de poemas es para mí una manera de mirar con ojo crítico lo que he tratado de hacer antes. Entonces, como en este *ahora* uno sorprende precariedades, excesos, imprecisiones o gratuidades en la escritura, decidí suprimir ciertos poemas, reducir otros e incluso agregar algunos textos nuevos de esos últimos tres años. Y así lo he seguido reeditando, de la misma manera y con el mismo título, *Noticias del extranjero*. Hace unos meses volvió al camino, publicado por Ediciones LOM en Santiago de Chile con un prólogo de Miguel Gomes, notable ensayista y narrador venezolano que actualmente es profesor en la Universidad de Connecticut, en Storrs. Entre varias otras cosas, recogí ahora un verso de mi primer libro y lo agregué a una pequeña sección titulada “Noticias breves”, que por su carácter más bien epigramático me invita a frecuentes cambios o modificaciones. Tal vez por eso recordé un verso de un poema de *La sangre en alto* (mi primer librito, fallido desde ese título tan estridente) cuando disponía la nueva edición de *Noticias*. El verso que se independizó es éste: “El tiempo con sus ramas indecisas”; lo único, pues, que he rescatado de allí, por lo que puedo decir que esta nueva edición abarca una escritura, o un propósito de escritura, desde 1954. No es poca tenacidad, aunque el resultado no siempre lo revele.

A.G.P.: Parece que tras esta concepción del libro, del poemario como una colección de textos que varía en cuanto a sus reglas de ordenamiento y selección, que establece su propia dinámica creciendo o decreciendo, y que es capaz de ir cambiando de nombre en el tiempo, subyace una noción del poema —que al fin de cuentas es el punto germinal del posible libro— cercana a la idea de Paul Valéry, quien afirmaba que “una obra nunca se termina sino que se abandona”. Es decir, no se está optando, en definitiva, por abandonar un poema, por tirar la toalla —como diríamos con una frase cotidiana— provisionalmente, mientras llega una nueva ocasión que sirva de excusa para otras revisiones que lo amplíen o lo reduzcan una vez más.

P.L.: Creo que esa idea de Valéry ilustra bien la preocupación de que hablamos, y me alegra que la traigas a colación: Valéry es un autor al que uno vuelve o debería volver con frecuencia. La verdad es que eso ocurre: no siempre termina uno el poema, a veces lo abandona para regresar a él. Habrá poetas que no piensan así, porque consideran que un texto que no funcionó a los primeros intentos no es recuperable. Son modos distintos del quehacer poético. Pero a mí me convence esa noción del poema que has señalado: suelo conservar por ahí, entre otros papeles, poemas insatisfactorios, fragmentos o versos sueltos, y he recogido algo de allí mucho tiempo después, y al recuperarlos he tenido la impresión de que estoy pasando en limpio algunos borradores. Esto me recuerda lo que alguien ha contado de Borges, cuando le preguntaron una vez por lo que estaba haciendo o preparando: “Bueno, habría contestado Borges, tratando de escribir una página que sea algo más que un borrador”. Un escepticismo, sin duda muy recomendable.

A.G.P.: A propósito del verso de tu primer libro –“el tiempo con sus ramas indecisas”– que mencionaste hace un momento, y tras una detenida relectura de tu trabajo poético, me aventuraría a afirmar que tu relación con el poema está signada por la presencia del tiempo, no sólo en el orden temático o como intento de registro de su paso, sino incluso en la concepción misma del poema como instrumento de exactitud singular. En otras palabras, me parece que si algún oficio se asemeja al del poeta en tu poesía es el del relojero. Siento que el poeta es para ti un microcosmos donde lo minucioso, lo delicado y lo diminuto del mecanismo es lo que hace que esto funcione y donde hay una búsqueda de precisión llevada al extremo, de la cual se desprende a la vez la percepción del tiempo y de lo real que observamos en tu poesía.

P.L.: Esa mención de la relojería me resulta muy sugerente. Cuando empecé a leer al poeta boliviano Jaime Saenz, un escritor que admiro mucho, me sorprendió y me gustó leer en la revista *Plural* la breve nota que acompaña a los poemas de *Recorrer esta distancia* que Octavio Paz incluyó en el número 51, de diciembre de 1975: “Jaime Saenz. Poeta boliviano. De profesión relojero”. Y seguía la enumeración de sus libros. Ese detalle me pareció fascinante, porque el cuidadoso trabajo de Saenz en verso y en prosa coincide de manera muy cabal con esa habilidad suya, y en alguna entrevista he dicho que a mí también me hubiera gustado ser relojero, como el poeta Jaime Saenz.

A.G.P.: De alguna manera lo eres.

P.L.: Por lo menos trato. Estuve en Bolivia hace un año y medio, invitado por la Universidad de San Andrés, donde me nombraron profesor honorario de la carrera de Literatura, y entonces averigué algo más sobre Jaime Saenz. Es sorprendente que un escritor tan notable —y no sólo como poeta— sea casi un desconocido fuera de su país. Su novela *Felipe Delgado* es extraordinaria, y aunque en Bolivia la buscan y la aprecian (a pesar de algunas reediciones es un libro difícil de conseguir allí mismo), son muy escasos sus lectores extranjeros. Como poeta ha tenido más reconocimiento, gracias a Aldo Pellegrini, Stefan Baciú y otros antólogos avisados. Bueno, como te decía, tuve oportunidad en aquel viaje de conversar con personas que lo conocieron, incluso con amigos suyos muy cercanos como el Dr. Arturo Orías Medina, que es su albacea. A él le pregunté sobre ese oficio de Jaime Saenz y me respondió que en efecto ésa era una consumada destreza de Saenz, aunque nunca había ejercido tal profesión. Y nos relató lo siguiente, porque también asistía a ese diálogo nuestra amiga Elizabeth Monasterios: Ningún relojero de la ciudad había podido arreglar un viejo reloj de péndulo que tenían en el Congreso Nacional como una reliquia histórica, pero que no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Alguien le habló a Jaime Saenz de este artefacto tan hermoso y ahora inútil; entonces él lo vio, lo llevó a su casa por unos días y lo devolvió funcionando perfectamente. No lo hizo como una tarea remunerada (hacía cosas semejantes para sus amigos) sino como un desafío poético. Es una buena historia ¿verdad? Cada vez que la recuerdo lamento no haberme propuesto ver aquel reloj enseguida. Supongo que no era tan fácil cumplir ese deseo, pero lo intentaré en un próximo viaje a La Paz.

A.G.P.: Juzgo muy acertada la manera en que Edgar O'Hara titula el estudio que hace sobre tu poesía: *La precaución y la vigilancia*. Noté hace poco que es la *vigilancia*; pensé que era la *precaución* y la *vigilia*. Pero creo que también hay algo de eso: el estar alerta, estar atento y despierto ante el funcionamiento de ese mecanismo. Ahora, me gustaría introducir una reflexión relacionada con el proceso de creación del poema, con eso que llamamos el momento de inspiración, el rapto de las musas. Tanto se ha hablado de eso y hay tantas impresiones, y tantos poetas tienen actitudes distintas con respecto a este tema. Quisiera leer una afirmación de un poeta estimado,

conocido como muy cerebral, que es Gottfried Benn. El, que además era médico, decía: “La inspiración no guía, sino desorienta. Ella es la que hace surgir un par de versos, pero luego aparece el hombre con su fuerza creadora, toma estos versos, los pone en el microscopio, los examina, les da color, busca las partes enfermas”. ¿Qué piensas, qué te sugiere esta afirmación de Benn?

P.L.: Varias cosas, como todo lo que tiene que ver con Benn, que es otro de mis autores ejemplares. Incluso una breve antología que publiqué en 1984 se llama *Cuaderno de la doble vida* (un libro algo artesanal que prologó Enrique Lihn e ilustró su hermana Mónica) y ese título viene de Gottfried Benn, de su *Doble vida y otros escritos autobiográficos*, que leí en la traducción editada por Barral en 1972. No fui nada original en esto, como ves, sino un seguidor sigiloso de Gottfried Benn.

A.G.P.: ¿Recuerdas el libro *Dos mundos*, de C. P. Snow? Es también el caso de esa disociación entre el arte y la ciencia.

P.L.: Es cierto, pero en la reflexión de Benn que citabas hay, además, una nota de autoexigencia que se relaciona, según veo ahora, con otra idea suya que he leído hace algún tiempo: la convicción de que es muy difícil lograr más de seis o siete poemas en la vida. Pensaba, por cierto, en poemas realmente significativos, que agregaran algo al lenguaje del poeta, o a la creación poética en general. Eso se le aparecía como la ambición máxima de un poeta. ¡Seis o siete poemas en la vida, y lo decía Gottfried Benn! Una lección que hay que tomar en cuenta. La cita que tú has leído es en realidad muy sugerente, porque la llamada inspiración puede ser también desorientadora; pero son muy importantes, sin duda, esos versos iniciales que hace surgir. Una idea que no es ajena a un dicho que nos ha transmitido la antigüedad griega: “El primer verso lo dictan los dioses, pero después viene el trabajo del poeta”. Yo creo en eso, llámese inspiración –con las vaguedades que acompañan a esa palabra– o no. En todo caso, la formulación de Benn, o ese dicho antiguo (en el cual se advierte más de un eco de las palabras de Sócrates en el *Ion*), o esa moción del ánimo que solía mencionar Leopoldo Marechal para describir una intuición motivadora que convoca o hace posible esa alianza de sonido y sentido (otra vez Valéry), apuntan a lo mismo. Octavio Paz dice cosas muy iluminadoras sobre esto

en *El arco y la lira*, y muy compartibles. Y También W. H. Auden. Como recordarás, en ciertas “Reflexiones sobre la formación del poeta” se leen notas tan lúcidas e inquietantes como esa pregunta que, según él imagina, se hace a sí mismo el joven escritor que un día descubre la propia voz en el poema: “¿Volverá a suceder alguna vez?”. Y agrega Auden: “Sea lo que sea su vida futura [...] hasta el fin de sus días pasará la vida en la incertidumbre. Jamás podrá decir: ‘Mañana escribiré un poema y, gracias a mi entrenamiento y mi experiencia, sé que lo haré bien’. En los ojos de los demás un hombre es un poeta si ha escrito un solo buen poema. En sus propios ojos sólo es un poeta en el momento en que está revisando por última vez un poema nuevo. El momento anterior, todavía era sólo un poeta en potencia; el momento siguiente, es un hombre que ha dejado de escribir poesía, tal vez para siempre”.

A.G.P.: Me interesaría, ahora que estamos hablando de algunos de los elementos que participan en el proceso de creación, en ese momento germinativo donde surge el primer verso, hacer mención de otros elementos que también conforman esa experiencia: el papel de la intuición, el papel del sueño, el sentido de la realidad, todos esos factores que se conjugan y que en cada poeta juegan roles tan distintos.

P.L.: Has señalado aspectos esenciales de toda creación poética, creo yo, o hecho el resumen del temario para una reflexión que requeriría un largo espacio (y recuerdo ahora un viejo maestro mío, a quien le pidieron que abreviara su exposición en una conferencia; entonces dijo: “Me sería muy difícil y necesitaría mucho tiempo para ser breve”).

A.G.P.: Alguien, no recuerdo quién, también decía: “Te escribo largo porque no tengo tiempo para escribir corto”.

P.L.: Así es, y esas observaciones que has hecho sobre el proceso de escritura poética son, precisamente, las preguntas que uno se hace a menudo; de qué manera se da o se manifiesta esta extraña situación, ese impulso o “moción del ánimo” que lleva a alguien a registrar, mediante palabras, una determinada percepción de la realidad –o de la irrealidad– de las circunstancias de su vida; además, disponiendo tales palabras en una forma diferente a las de su función usual y cotidiana. Supongo que un músico o un pintor se hacen

también parecidas reflexiones con respecto a la singularidad de su trabajo. En mi percepción de la llamada realidad yo siento que hay como una constante de incertidumbre; una cierta incertidumbre de la realidad, diría yo.

A.G.P.: Algo de Magritte hay allí, ¿no?

P.L.: Exactamente, y ése es uno de los pintores de mi preferencia. Ya hemos conversado tú y yo sobre eso, incluso visitando museos. La pintura de Magritte *muestra y dice* la vivencia de la incertidumbre con una intensidad única. Magritte pinta un “mundo desgarrado” ontológicamente, ha escrito Erhart Kästner en un ensayo memorable (“La rebelión de las cosas”), donde se lee esta descripción reveladora de esa obra: “Esto es lo que ha pintado siempre y en verdad lo único que ha pintado. Que las propiedades de las cosas se desprenden de ellas. El caballo se llama ‘La puerta’, el reloj ‘El viento’ y, no obstante, la maleta se sigue denominando ‘La maleta’. Uno no puede seguir confiando en nada, ni siquiera en el error”. Pienso que en pocas obras contemporáneas resulta más convincente esa incertidumbre que en la pintura de Magritte. Y eso me llevó en algún momento a escribir un pequeño homenaje en el que, de algún modo, se manifiesta esa sugestión que su obra me produce.

A.G.P.: Yo creo que es oportuno leer ahora ese “Homenaje a René Magritte”.

P.L.: Puede ser oportuno también por su brevedad, porque son sólo cuatro versos. Inicialmente fue un poema más largo, pero terminé desechando el resto de los versos y ni siquiera los recuerdo, para no tentarme y volver sobre lo mismo, con los riesgos consabidos.

A.G.P.: Digamos que por ahora son cuatro.

P.L.: Sí, aunque tal vez ya no sean menos. Es éste:

Sin ninguna confianza en la luz
que apago con temor y reverencia
veo la sombra de mi cuerpo
del otro lado de la pared.

Ya ves que este pequeño poema ha sido motivado por los cuadros de Magritte, que uno frecuenta en museos y libros; de estos últimos yo he reunido unos cuantos, y no es raro que lleve alguno en mis andanzas. Fue un intento también de registrar la incertidumbre de la que hemos estado hablando, y el consecuente escepticismo que parece recorrer algunos de mis textos. Un escepticismo confirmado por las lecturas y relecturas de Borges; también del admirable Juan José Arreola, que se definió en una entrevista con Emmanuel Carballo como “un pesimista lleno de optimismos parciales”.

Por otra parte, el sueño; el mundo de los sueños, que para algunos escritores ha sido todo, o casi todo. Se ha dicho y se seguirá diciendo mucho sobre esto, y en la pequeña parte que toca a mi trabajo lo ha observado bien Edgar O’Hara: “Sus poemas –dice Edgar– son sueños de carácter incompleto, si por ello entendemos que están controlados por la precisión verbal del poeta”. Me parece que eso es válido, y en ese punto reconozco una influencia muy fuerte de Kafka.

A.G.P.: Sí, eso se siente en tu poesía. Por ejemplo, el poema “Puentes levadizos” es kafkiano de algún modo.

P.L.: Creo que sí, y también el poema “Una sombra”, donde además se declara esa relación y se cita una frase de Karl Rossmann, el personaje central de *América*: “Yo tenía una conocida entre los ángeles”. Sacada de su contexto, esa frase me acompañó por varios años y finalmente entró en el poema, de la mano de Kafka, desde luego.

A.G.P.: Vamos, pues, a leer ese poema.

P.L.: Que no es muy breve. Casi me contradice, pero ya que estamos en esto...

Alguien dijo en la tarde, junto a un tren,
“no esperes, es inútil, ella no ha de venir”.
Una sombra persigue entonces a la memoria,
o acaso es perseguida por ella,
la memoria del sueño anunciador de un extravío
en los andenes de una ciudad real.

Alguna vez yo conocí su nombre,
un santo y seña aprendido de Kafka
en el gran Teatro de Oklahoma:
“Yo tenía una conocida entre los ángeles”
(y también como el otro, con tristeza,
por no alterar demasiado la letra,
ni su espíritu).
Todo al fin reduciéndose a esa voz
familiar de la noche
que el día tan fácilmente borra,
y no es un decir,
de una plumada.
Yo sólo puedo hablar con ella en sueños.

A.G.P. Fíjate, Pedro, creo que aquí hay también otro asunto fundamental de tu poesía. Me refiero a la experiencia de lectura como núcleo generador del poema. Yo diría que muchos de tus poemas son de alguna manera “noticias de lecturas”, jugando un poco con el título de tu libro *Noticias del extranjero*. Ese mundo del creador rodeado de libros, rodeado de ese universo imaginario que es, con frecuencia, más real que el llamado “real”; algo que es inevitable para el poeta, o para muchos de ellos, donde su mundo se constituye a partir de esas referencias literarias que lo nutren y enriquecen cada día.

Te quería comentar esto porque has mencionado antes a Borges. Sé que admiras profundamente la obra de Borges, y recuerdo ahora que en otro libro tuyo titulado *Conversaciones con Enrique Lihn* ustedes discuten la posibilidad de reconocer o no a Borges como poeta. Enrique Lihn no lo estimaba como tal sino más bien como un gran prosista, como un pensador o como hombre de letras; pero como poeta lo rechazaba. Tú ponías en duda muchas de las afirmaciones de Lihn. Sin embargo, en su argumentación se lee una frase que me pareció muy lúcida, más allá de que se esté o no de acuerdo con su apreciación. Refiriéndose a Borges decía: “Su especialidad es la poética y no la poesía”. Te lo pregunto, porque creo que vale la pena reflexionar sobre el riesgo de que uno como poeta –intente o no dar “noticias de lecturas”– caiga en lo que señala Lihn.

P.L.: Sería un riesgo, por cierto, para un escritor que *sólo* diera “noticias de lecturas”, y ése fue un supuesto que yo tuve presente en aquella conversación con Enrique sobre Borges y su poesía. Fue bueno para ambos confrontar nuestras opiniones en un verdadero diálogo, tan cordial como estimulante.

Mi aprecio, que es muy grande, por la poesía de Borges surge precisamente del hecho de que él supo sortear aquel riesgo. Por mucho que sus poemas procesen a menudo situaciones o ideas que vienen de los más variados espacios culturales y literarios, yo siento que esas situaciones e ideas nos llegan (a mí me llegan así por lo menos) transvaluadas como materia poética, como otras sugerencias de sentido y otras posibilidades de revelación. Eso es lo que veo como la ejemplaridad de la poesía borgiana.

He dicho en otro diálogo (con el poeta brasileño Floriano Martins) que no soy más que un simple aprendiz de la exigente –e inalcanzable– lección de Borges. Y es cierto: mi hábitat, para indicarlo de algún modo aproximado, es la biblioteca, ya que no una relojería. Y el deseo del silencio en un mundo de ruidos.



De izquierda a derecha: Eugenio Montejo, Malena Bilbao de Sánchez Peláez, Victoria de Stefano, Juan Sánchez Peláez, Pedro Lastra, Arturo Gutiérrez Plaza y Antonio López Ortega. (Foto de Ana María Villarroel Lastra).